VII Encuentro de Investigación en Humanidades
Ficción, ethos y violencia

27 y 28 de noviembre 2025

Temis Barrutia, Piuque Malén
UNCO
piuquetemisbarrutia@gmail.com

La soledad como *ethos* de época

El presente escrito forma parte de una investigación más amplia la cual se propone abordar el vínculo entre la experiencia de la soledad y su impacto en lo político, más específicamente su disolución, tomando como ejes de análisis las reflexiones de Hannah Arendt y Éric Sadin. Consideramos que el análisis de la soledad permite comprender no sólo la génesis del totalitarismo, en tanto forma inédita de dominación del siglo XX, sino también algunas de las notas más características de la contemporaneidad, en las que las condiciones de posibilidad de un mundo común aparecen erosionadas.

Hannah Arendt, en *Los orígenes del totalitarismo* (1951), identificó la soledad como la experiencia radical sobre la que se funda la dominación totalitaria[1]. Esta primera caracterización implica atender el fenómeno de la soledad como una experiencia afectiva compleja, lo que nos distancia de posiciones que la conciben desde una óptica individual, como un padecimiento que sufre una persona en su intimidad. Al contrario, la soledad es deudora de las nociones de experiencia y de pluralidad. Esta íntima vinculación nos posibilita realizar un análisis más amplio y rico, que desborda los límites de la afección individual.

La soledad, entendida desde esta óptica, representa, por tanto, la anulación de las condiciones mínimas de la experiencia humana y la imposibilidad de sostener el diálogo interior, lo que abre el camino al pensamiento ideológico[2] y a la dominación total. En *La condición humana* (1958), Arendt insiste en que toda experiencia política es posible

[1] En este sentido, el totalitarismo, señala Arendt, "debe descansar en una experiencia básica que los hombres pueden tener allí donde los hombres viven juntos y se hallan ocupados por los asuntos públicos" (1994, p. 560).

[2] Por pensamiento ideológico, nos referimos a lo desarrollado por Arendt en el marco de *Los Orígenes del Totalitarismo* (1951), en particular hacemos referencia al capítulo XIII: Ideología y terror de una nueva forma de gobierno. Allí, el pensamiento ideológico es entendido como aquel pensamiento que se escinde de la experiencia, y que busca explicar toda la realidad mediante un único principio explicador, sea la ley de la naturaleza o de la historia, sin dejar espacio para la creatividad o la libertad humana. Al anular el pensamiento propio, la ideología totalitaria promueve el terror, el aislamiento y la destrucción de la esfera pública y privada.

únicamente en el espacio de aparición, donde los hombres actúan y hablan unos con otros, constituyendo así un mundo común. La desaparición de este espacio, en consecuencia, equivale a la aniquilación de lo político mismo[3].

Por otro lado, conviene precisar el sentido que la filósofa atribuye a la soledad, es necesario distinguir esta noción de otras con las que suele confundirse, como la vida solitaria y el aislamiento[4]. En el marco de su obra canónica, *Los orígenes del Totalitarismo*, más específicamente el último capítulo: "Ideología y terror de una nueva forma de gobierno", Arendt distingue la soledad del aislamiento y de la vida solitaria. Mientras el aislamiento priva al ser humano de la acción política y la vida solitaria puede abrir el espacio del diálogo consigo mismo, la soledad implica algo más profundo: el abandono del yo por parte de sí mismo y, con ello, la pérdida simultánea del mundo y de la confianza en los otros[5].

De cualquier manera, conviene tener presente la complejidad que nos plantea Arendt a la hora de atribuir un sentido unívoco a sus conceptualizaciones. Esta dificultad opera como una oportunidad para complejizar aún más el vasto universo categorial filosófico de esta pensadora. Así, es de nuestro interés contraponer la idea de soledad desplegada por un lado en *Los orígenes del totalitarismo, y,* por otro lado, la presente en el marco de *La vida del Espíritu (1978) y* el *Diario Filosófico 1950-1973 (2006).* En esta última recopilación de escritos, Arendt indica que la soledad puede, al mismo tiempo, constituir un elemento esencial de lo político.

En esta línea, el apartado titulado "*Sobre la soledad como un elemento esencial en política*" señala que el estar con uno mismo implica la cualidad de distinción. La singularidad,

---

[3] El concepto de lo político en el pensamiento arendtiano escapa las posibilidades de este trabajo, sin embargo, conviene tener presente lo señalado por A. Campillo al respecto. Según Campillo (2002), la polisemia de lo político en Arendt se debe a que la autora "pone en juego dos estrategias que son contrapuestas entre sí, y que sin embargo coexisten" (p.160). De esta manera, según el filósofo español, habría "una estrategia de generalización de lo político: puesto que la <pluralidad» y la «natalidad» constituyen «la ley de la Tierra», la vida política es la más originaria condición de posibilidad de la humana experiencia del mundo, hasta el punto de que sin ella no serían concebibles las actividades mentales de la *vita contemplativa.* Pero esta generalización convive con otra estrategia restrictiva, puesto que la <«acción», el <«discurso» y el «poder» (en cuanto concertación de acciones y de discursos) constituyen la más libre e infrecuente de las actividades humanas que componen la *vita activa*, la vida política ha de ser netamente diferenciada con respecto a otras actividades mucho menos libres y mucho más frecuentes (la «labor», el «trabajo»> y la «violencia»), hasta el punto de constituir una especie de «milagro», un acontecimiento histórico excepcional y ejemplar, que se ha dado sólo en Occidente, y sólo en raras y contadas ocasiones" (p. 160-161)

[4] "El aislamiento es ese callejón sin salida al que son empujados los hombres cuando es destruida la esfera política de sus vidas, donde actúan juntamente en la prosecución de un interés común" (Arendt, 1994, p. 575).

[5] La soledad representa algo más que un retiro momentáneo, siendo una de las experiencias más radicales y desesperadas que puede atravesar el ser humano; es "la experiencia de no pertenecer en absoluto al mundo" (Arendt, 1994, p. 576).

en este sentido, es siempre deudora de la pluralidad, pues sólo puede manifestarse a partir de la constatación de los otros. Dicho de otro modo, en el diálogo interior que caracteriza al estar solo, el sujeto se encuentra consigo mismo en una relación que reproduce la experiencia del otro: el "ser distinto de" que funda la pluralidad. Esta capacidad de sostener la diferencia en medio de la soledad es, para Arendt, lo que hace posible luego la convivencia con los otros en el espacio público. (Arendt, 2006, Cuaderno XI, apartado 13, p. 253)

Llamar a esta experiencia "conciencia", advierte Arendt, supone mal interpretarla, pues la conciencia se repliega en la interioridad individual y pierde su sentido político, que radica precisamente en la explicitación de la alteridad. De allí surge una paradoja fundamental: el ser uno —el *unus*— no puede realizarse en el aislamiento, sino únicamente en relación con los demás; mientras que la figura del otro, del *alter*, sólo puede desplegarse en el diálogo solitario del pensamiento. Así entendida, la soledad se convierte en condición de posibilidad de la comunidad, del mismo modo que la comunidad hace posible la experiencia de ser uno.

Así la aparente contradicción antes mencionada, en realidad constituye la paradoja misma de lo político, contrariedad que se matiza a su vez, si completamos el "vocabulario filosófico" de la soledad, mediante la incorporación de la obra póstuma, *La vida del espíritu (1978).*

En un proceder análogo al que realizó en *La Condición humana,* ahora nuestra autora pretende dar cuenta de las actividades básicas de la *vita contemplativa*, tal y como estaba planeada, se subdividía en Pensamiento, Voluntad y Juicio. Es justamente, el Pensamiento aquel gran tema en el cual la soledad aparece bajo un prisma diferente. La soledad, en tanto diálogo interior, es una recurrencia del quehacer filosófico[6].

Sin embargo, este retiro del mundo, que Husserl cristalizó en la figura de epojé, no es exclusivo de los filósofos indica Arendt, sino que le ocurre a cualquiera que reflexiona sobre algo, y sólo se manifiesta con más frecuencia en esos pensadores profesionales dada su actividad. Ahora bien, esta retirada del mundo y su consiguiente pérdida del sentido de realidad, "se basa en que el yo pensante se afirma a sí mismo sólo de manera temporal: todo pensador,

[6] "Retirarse de «la masa» para buscar la compañía de un «número exiguo», o incluso la absoluta soledad del Uno, ha sido el rasgo más destacado de la vida del filósofo desde que Parménides y Platón descubrieran que para ese «número exiguo», los *sophoi*, la «vida del intelecto», que no conoce alegrías ni tristezas, es la más divina de todas las posibles, y que el *nous*, el pensamiento mismo, es «el rey del cielo y la tierra»". (Arendt, 1978, p.82)

por muy eminente que sea, continúa siendo «un hombre como cualquier otro» (Platón), una apariencia entre apariencias dotada de sentido común y conocedora de los razonamientos del sentido común necesarios para sobrevivir." (1978, p. 89)

Arendt plantea que la condición humana se define esencialmente por la pluralidad: nuestra existencia cobra sentido en relación con otros, y es a través de este entrelazamiento con la diversidad de los demás que se despliega la vida política y se reconoce nuestra propia singularidad. Sin embargo, la interacción con los otros no es suficiente para el desarrollo pleno del espíritu; se requiere también un espacio de recogimiento interior, donde el individuo pueda sostener un diálogo consigo mismo y experimentar la alteridad en su dimensión más íntima. Este encuentro consigo mismo constituye lo que Arendt llama *solitude* (solitud), diferenciándose de la *loneliness* (soledad), en la que "uno se encuentra solo, pero privado de la compañía humana y también de la propia compañía" (Arendt, 1978, p. 112). Mientras la *loneliness* revela la privación y el dolor de la separación, la *solitude* habilita la reflexión, la conciencia de sí y la preparación para la interacción auténtica con los otros. En este sentido, la soledad *(solitude)* no es un mero aislamiento, sino una condición de posibilidad de la comunidad: sólo mediante el cultivo de la *solitude* el individuo puede reconocerse como uno entre muchos y, al mismo tiempo, estar preparado para relacionarse políticamente con los demás, reconociendo la pluralidad como fundamento de la esfera pública y de la acción.

Creemos que la reflexión arendtiana permite iluminar algunos procesos de nuestro tiempo. En los últimos años, diversas notas periodísticas han advertido sobre la emergencia de una "epidemia de la soledad" que atraviesa distintas sociedades contemporáneas. Así, en 2021 el gobierno de Japón creó un "Ministerio de la Soledad" con el fin de enfrentar el aumento de los suicidios tras más de una década de descenso, medida que pronto fue replicada en el Reino Unido y en el estado de Nueva York (Página 12, 23 de febrero de 2021). Más recientemente, en 2024, un artículo publicado en *Infobae* señalaba que la soledad se ha convertido en un problema de salud pública que preocupa tanto a la OMS como a Silicon Valley, describiendo un fenómeno de aislamiento y desconexión con fuertes consecuencias físicas y psicológicas (Pardo, 2024). Estas noticias muestran que la soledad, lejos de limitarse a un problema íntimo o marginal, se ha instalado en el centro de los debates actuales, demandando marcos de comprensión más amplios que los meramente clínicos o asistenciales.

En este escenario, la lectura de Éric Sadin se vuelve especialmente fecunda. En *La era del individuo tirano. El fin de un mundo común* (2022), advierte sobre la emergencia de un

ethos caracterizado por la "primacía sistemática del yo" por encima de cualquier orden compartido.

En su obra, Sadin emprende una tarea genealógica, rastreando aquellos "fermentos", eventos y rupturas que han contribuido a este orden de cosas. En tal sentido, la revolución digital a la que hemos asistido como humanidad sin precedentes y en tiempo récord, sumado a la profundización de las desigualdades y la precarización de la vida en la mayoría de sus dimensiones, ha generado paradójicamente una experiencia subjetiva inédita: "una desposesión de uno mismo entremezclada con la sensación de detentar un poder respecto de algunos segmentos de la vida que habría aumentado comparativamente" (2022, p. 21.)

Esta desarticulación para Sadin, es el fruto de, por un lado, el *agobio de la vida*, las personas están sometidas a presiones laborales y confrontadas a situaciones brutales y precarias, siendo cada vez más arduo alcanzar las condiciones básicas para lograr la reproducción de la vida. Este continuo agravamiento de las desigualdades, la disminución de los servicios públicos y del principio de solidaridad convive, por otro lado, con el hecho de verse equipado por tecnologías que simplifican las tareas cotidianas y que dan acceso inmediato e ilimitado a la información. Esto favorece la posibilidad de formular y expresar opiniones mientras nos vinculamos con "otros virtuales", dando la falsa sensación de que gozamos de más autonomía. Esta paradójica situación, es la que caracteriza con más propiedad la condición individual y colectiva de nuestra época, para el filósofo francés.

Asistimos a la consolidación de un *ethos* en el que "todo cimiento común es sustituido por un hormigueo de seres esparcidos que pretenden, de ahora en más, representar la única fuente normativa de referencia" (Sadin, 2022, p. 36). Este aislamiento mutuo produce un individualismo gregario cuya lógica se asemeja, aunque no se identifique completamente, con la dinámica totalitaria: no porque estemos ante un régimen político totalitario, sino porque la pérdida del mundo común vuelve imposible la acción, que para Arendt sólo puede darse "entre y con los otros".

Sadin profundiza este vínculo al afirmar que "la mayor parte de las conciencias llegaron a un punto tal de desilusión (…) que ya no pueden creer en ningún proyecto colectivo y quedan remitidas únicamente a sí mismas" (Sadin, 2022, p. 35). Pero el hecho de que esta experiencia se repita no la convierte en común. Como advierte Arendt, cuando ya no se comparte interés por un objeto, se pierde el mundo común: "Todos están encerrados en la subjetividad de su

propia experiencia singular, que no deja de ser singular si la experiencia se multiplica innumerables veces. El fin del mundo común ha llegado cuando solo se ve bajo un aspecto y se le permite presentarse únicamente bajo una perspectiva" (Arendt, 2003, p. 67).

En este sentido, el término "totalitarismo de la multitud" que Sadin emplea con cautela resulta sugerente: la lógica totalitaria no radica en la actualidad, exclusivamente en estructuras estatales, sino en la imposibilidad de actuar de masas atomizadas que, aunque conectadas digitalmente, carecen de un horizonte común. Allí donde la acción se vuelve impracticable, la sociedad se reduce a un agregado de individuos regidos por un *ethos* autorreferencial, estimulado constantemente por diferentes dispositivos y plataformas digitales, que más allá de alentar el narcisismo propio, operan como espacios catárticos, pero no de acción. La primacía del yo como único punto de referencia configura así, voluntaria o involuntariamente, una categoría política o más bien, en el sentido más arendtiano, una categoría apolítica, en la medida en que bloquea la aparición de lo propiamente político: la acción que se da el espacio público donde los seres humanos actúan juntos y construyen un mundo común.

Esta erosión del *ethos* común es lo Sadin advierte como nota de época, que se ejemplifica con la claridad en la lógica que se da en las redes sociales que se erigen en la actualidad como verdaderas "prótesis digitales". El presunto carácter democratizador de estas en realidad resulta engañoso, operan como espacios catárticos de intensificación de la subjetividad, diseñadas para convertir cualquier experiencia, emoción o postura en una autoafirmación inmediata. Así, Sadin analiza tres de las plataformas digitales sociales más populares en nuestros días, como lo son Facebook, Twitter e Instagram. Más allá de las particulares y lógicas de funcionamiento que cada una de ellas posee, a los fines de este breve trabajo, nos interesa señalar, la falsa sensación de acción que pregonan.

La acción es una noción central dentro del pensamiento arendtiano. Al mundo común —propiamente humano y político— le corresponde el ámbito de la acción y el discurso, lo que exige distinguirlo de otras esferas de la condición humana, como la labor y el trabajo. Solo mediante la acción (acto) y el discurso (palabra) nos insertamos en el mundo humano, lo cual constituye una suerte de "segundo nacimiento". La palabra no solo describe los actos, sino que también les confiere sentido. Este énfasis en la narración y el discurso evidencia que la acción

humana sólo adquiere relevancia cuando es vista, escuchada y recordada por otros, un principio central en la concepción arendtiana de lo político[7].

Las plataformas digitales no median entre las personas, más bien, obturan el "entre", ese espesor que Arendt considera condición del espacio público. Al reducir la comunicación a la expresión instantánea de estados de ánimo, gustos o indignaciones, las redes generan sujetos "hiper-singularizados", cuyo horizonte de sentido se construye en torno a micro-narrativas autorreferenciales. En este punto, Sadin recupera a Arendt para explicar que el individuo así constituido deja de percibir la pluralidad como condición, y comienza a experimentar la presencia del otro como fricción permanente.

A modo de conclusión

Llegados a este punto, creemos que el punto de partida con el que empezamos este escrito se verifica, la soledad lejos de ser una vivencia meramente individual o psicológica se constituye como una categoría filosófica y política de primer orden. Cuando Arendt señala en *Los orígenes del totalitarismo* que la soledad entendida como *loneliness,* es la experiencia en la que el individuo ya no puede confiar en la realidad compartida, está describiendo la implosión del suelo donde se inscribe el *ethos:* el modo de habitar y dotar de sentido una vida común.

La conexión entre la soledad arendtiana y el *ethos* contemporáneo señalado por Sadin, es nítida. Para Arendt, la *solitude* —la soledad en sentido positivo— es condición del pensamiento, ya que implica el diálogo silencioso del "dos-en-uno", algo que parece ausente en la actualidad, donde el aceleramiento de la vida, las condiciones de trabajo cada vez más demandantes y la lógica de la inmediatez, atentan contra la demora del pensamiento. En cambio, si no hay demasiado espacio para la *solitude*, por su parte, la *loneliness,* parece ser la regla, cuestión que pareciera corroborarse con algunas notas de actualidad señaladas.

Para Sadin, el *ethos* contemporáneo deja de ser un horizonte de hábitos y prácticas colectivamente constituidas y pasa a ser una especie de "micro-*ethos* personalizado". En tal sentido, las redes sociales, constituyen un espejo de esto, donde la lógica del algoritmo refuerza

[7] "Si la acción como comienzo corresponde al hecho de nacer, si es la realización de la condición humana de la natalidad, entonces el discurso corresponde al hecho de la distinción y es la realización de la condición humana de la pluralidad, es decir, de vivir como ser distinto y único entre iguales." (Arendt, 2003, p. 202)

la propia percepción y promueve una moralidad instantánea que se legitima a sí misma a través de la reactividad emocional.

Si podemos caracterizar el tiempo "nuestro" que nos toca vivir como un tiempo de "soledades" conviene, asimismo, tener presente que toda crítica a lo existente supone una alternativa. Sin ofrecer recetas, entendemos que la posibilidad debe provenir de recrear aquella dimensión de lo común. Pero esta constatación lejos de ser el punto de llegada apenas es el punto de partida.

Referencias

Arendt, H. (2003) *La condición Humana* - 1 a ed. - Buenos Aires: Paidós

Arendt, H. (1978). *La vida del espíritu* (F. Birulés & C. Corral, Trads.; M. McCarthy, Ed.). Titivillus.

Arendt, H. (1994) Los *orígenes del Totalitarismo.* Volumen II Cap. XIII: Ideología y Terror: de una nueva forma de Gobierno. Planeta Agostini

Arendt, H. (2006). *Diario filosófico 1950–1973* (U. Ludz & I. Nordmann, Eds.; R. Gabás, Trad.). Herder.

Campillo, A. (2002) El espacio de aparición: el concepto de lo político en Hannah Arendt, 2002, *Revista de Filosofía*. n° 26, 159-186

Sadin, E., (2022) *La era del individuo tirano. El fin de un mundo en común*. Bs. As., Caja Negra

Japón creó el ministerio de la Soledad para abordar el cuidado de la salud mental. (23 de febrero de 2021) *Página 12* https://www.pagina12.com.ar/325646-japon-creo-el-ministerio-de-la-soledad-para-abordar-el-cuida

Pardo, S. (14 de marzo de 2024). La soledad como emergencia de salud pública: por qué es una crisis que preocupa desde la OMS hasta Silicon Valley. *Infobae* https://www.infobae.com/salud/2024/03/14/la-soledad-como-emergencia-de-salud-publica-por-que-es-una-crisis-que-preocupa-desde-la-oms-hasta-silicon-valley/